

S E R M Ó N

NO TE OLVIDES

Cuando las bendiciones de hoy nos hacen olvidar de dónde Dios nos sacó

TEXTO BASE	PREDICA	FECHA
Deuteronomio 6:10–25 · 8:11–18	Gloria Lucia Ramirez	25 de octubre de 2026

PROPÓSITO

Llevar a la congregación a recordar de dónde Dios la sacó, reconocer su fidelidad a través de los años y comprender que las bendiciones recibidas nunca deben convertirse en motivo para olvidar al Señor.

LA RUTA DEL MENSAJE



INTRODUCCIÓN

La casa donde todo comenzó

Iglesia, quiero comenzar esta mañana invitándote a hacer algo muy sencillo. Por un momento, cierra tus ojos y recuerda la casa donde vivías hace veinte o treinta años.

Quizás era una casa pequeña, sin las comodidades de hoy. Allí creciste, lloraste y aprendiste a luchar. Tal vez recuerdas la crisis económica, la enfermedad o las circunstancias que te llevaron a dejar tu país.

Ahora abre tus ojos. Mira dónde estás hoy. Mira lo que Dios te ha permitido alcanzar. Tal vez tienes una casa, un carro, un trabajo, una familia, gozas de buena salud, tienes un ministerio. Quizás has conocido lugares que nunca imaginaste visitar. Y déjame hacerte una pregunta.

¿Cuánto tiempo hace que no te detienes para darle gracias a Dios por el lugar de donde te sacó?

Porque hay algo que puede sucedernos a todos. Nos acostumbramos tanto a las bendiciones presentes que comenzamos a olvidar las dificultades del pasado. Y lo más peligroso no es olvidar aquellas dificultades. Lo más peligroso es olvidar al Dios que nos sostuvo mientras las atravesábamos.

Una visita que despertó los recuerdos

Lillian Saldaña Campos, de La Habana, Cuba, contó en el devocional diario de “El Aposento Alto” que regresó con su hija a la primera casa donde había vivido con su esposo. Su hija deseaba conocer aquel lugar donde había comenzado su historia familiar.

Pero cuando llegaron, encontraron algo inesperado. De aquella casa quedaban solamente piedras amontonadas, restos de lo que había sido su hogar y un juguete viejo que el tiempo había dejado olvidado.

Al contemplar los restos de aquella casa, la madre lloró. Recordó los años difíciles, los esfuerzos y cuánto había cambiado su vida.

Y entonces comprendió algo que nosotros también necesitamos comprender. La casa donde había vivido ya no estaba en pie, pero la fidelidad de Dios que la había sostenido durante aquellos años permanecía intacta.

TEXTO BÍBLICO

El texto que nos habla hoy

Moisés habló a Israel cuando estaba por entrar en la tierra prometida. Después de cuarenta años en el desierto, el pueblo conocía la necesidad y también la provisión de Dios.

Dios les había prometido ciudades que no habían construido, casas llenas de bienes que no habían acumulado, pozos que no habían cavado y viñas que no habían plantado. Era una bendición extraordinaria.

Pero Moisés sabía que existía un peligro. No era solamente el peligro de los enemigos que encontrarían en aquella tierra. Era un peligro mucho más silencioso. Que después de recibir tantas bendiciones, olvidaran al Dios que los había sacado de Egipto.

«...ten cuidado; no sea que te olvides del SEÑOR que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud».

DEUTERONOMIO 6:12 (RVA-2015)

¡Qué advertencia tan oportuna! Dios no les estaba diciendo que rechazaran las bendiciones. Les estaba diciendo que no olvidaran al que se las había concedido.

1

RECORDÉ

«HUBO UN TIEMPO EN QUE NO TENÍA LO QUE HOY TENGO»

Iglesia, al mirar lo que Dios nos ha permitido vivir, recordamos aquellos días cuando contábamos cada dólar, buscábamos trabajo o no sabíamos qué sucedería con nuestra familia. Tal vez hoy disfrutamos cosas que entonces parecían imposibles.

Quizás hoy tienes cosas que en aquel tiempo parecían imposibles. Y no hay nada malo en disfrutarlas. El problema comienza cuando dejamos de recordar cómo llegamos hasta aquí.

Israel había vivido cuatrocientos años en Egipto, y una parte importante de ese tiempo había estado sometido a servidumbre. Dios escuchó su clamor y lo sacó con mano poderosa. Pero ahora, cuando estaban a punto de recibir la tierra prometida, Moisés les pidió que no olvidaran su historia. Porque recordar de dónde venimos nos ayuda a reconocer lo que Dios ha hecho.

Si hoy regresaras al lugar donde comenzó tu vida, ¿qué encontrarías?

Pero quiero que entiendas algo: tu historia no comenzó cuando llegaron las bendiciones. Tu historia también incluye aquellos días cuando tenías muy poco y Dios te sostenía.

«Nunca permitas que lo que hoy tienes te haga olvidar lo que Dios hizo cuando no tenías nada».

2

REGRESÉ

«VOLVÍ AL LUGAR DONDE DIOS ME SOSTUVO»

Y cuando recordamos aquellos días, regresamos con el corazón a lugares donde Dios nos sostuvo. Hay viajes que hacemos con los pies y otros con la memoria. Aquella mujer hizo ambos al volver a su antigua casa.

Y quiero que observemos algo. Ella no regresó para quedarse a vivir entre las piedras. Regresó, vio lo que había quedado y recordó. Porque el propósito de mirar hacia atrás no es regresar a vivir en el pasado. Es reconocer lo que aprendimos mientras caminábamos por él.

En Josué capítulo 4 encontramos un episodio muy significativo. Después de que Israel cruzó el Jordán, Dios ordenó levantar doce piedras como memorial. Aquellas piedras servirían para que las futuras generaciones preguntaran qué significaban. Y entonces los padres podrían contarles cómo Dios había abierto el camino para su pueblo.

Una fotografía antigua.

Una fotografía, una Biblia gastada o el recuerdo de tu primer empleo pueden convertirse en memoriales de la fidelidad de Dios. No regresamos para vivir en el pasado, sino para reconocer su compañía.

«No necesito regresar a vivir en mi pasado, pero sí necesito recordar al Dios que me sostuvo mientras lo atravesaba».

3

DESCUBRÍ

«LA COMODIDAD PUEDE HACERME OLVIDAR»

Y al regresar con la memoria, descubrimos una advertencia importante: la comodidad puede hacernos olvidar. No es malo recibir bendiciones; el peligro aparece cuando ocupan el lugar del Dios que nos bendijo.

Moisés conocía muy bien este peligro. Por eso, en Deuteronomio 8:11–14, vuelve a advertir al pueblo que tenga cuidado de no olvidar al Señor cuando haya comido hasta saciarse, edificado buenas casas y visto multiplicarse sus bienes.

Cuando nos faltaba trabajo, orábamos constantemente. Pero al conseguirlo, a veces nos sentimos demasiado ocupados para orar.

Cuando estamos enfermos, buscamos al Señor con lágrimas. Pero cuando recuperamos la salud, algunas veces olvidamos agradecerle.

Y quiero aclarar algo. No estoy diciendo que toda persona bendecida se olvida de Dios. Estoy diciendo que la comodidad puede convertirse en una distracción espiritual si no cuidamos nuestro corazón.

¿Estoy buscando al Señor con el mismo amor con que lo buscaba cuando atravesaba dificultades?

¿O me he acostumbrado tanto a recibir bendiciones que he dejado de reconocerlas?

«La bendición más grande no es tener una casa llena de cosas; es tener un corazón que nunca se olvide de Dios».

4

RECONOCÍ

«NO LLEGUÉ HASTA AQUÍ SOLAMENTE POR MIS FUERZAS»

Y cuando descubrimos ese peligro, reconocemos algo esencial: no llegamos hasta aquí solamente por nuestras fuerzas. Quizás trabajaste largas jornadas, estudiaste o comenzaste de nuevo en otro país. Tu esfuerzo cuenta, pero también la gracia de Dios.

Y es correcto reconocer el esfuerzo. Pero hay algo que no debemos olvidar. Detrás de muchas oportunidades también estuvo la providencia de Dios.

Dios también utilizó personas para ayudarnos: familiares, amigos, maestros y quienes nos abrieron una oportunidad cuando más la necesitábamos.

En Deuteronomio 8:17–18, Moisés advierte al pueblo contra la tentación de atribuir toda su prosperidad a su propio poder. Y les recuerda que es Dios quien les da las fuerzas para adquirir riquezas.

Eso no significa que debamos dejar de trabajar. Significa que incluso nuestra capacidad de trabajar es un motivo de gratitud.

No siempre podemos explicar de qué manera intervino Dios en cada circunstancia. Pero como creyentes podemos reconocer con humildad que nuestra vida depende de su gracia.

Y hay algo todavía más importante. No debemos confundir las bendiciones materiales con una medida de nuestra espiritualidad.

Hay personas fieles a Dios que atraviesan pobreza, enfermedad y grandes dificultades. Su fe no vale menos.

La fidelidad de Dios no se mide por el tamaño de nuestra casa, la cantidad de dinero que tenemos o el éxito de nuestra profesión. Se reconoce, sobre todo, en que Él permanece con nosotros y nos sostiene en medio de cualquier circunstancia.

«Mis manos trabajaron, mis pies caminaron y mis ojos lloraron; pero fue la gracia de Dios la que me sostuvo hasta llegar aquí».

5

AGRADECÍ

«HOY TENGO MÁS MOTIVOS PARA DAR GRACIAS QUE PARA QUEJARME»

Y al reconocer la fidelidad de Dios, nace en nosotros el deseo de agradecer. Las lágrimas de aquella madre no hablaban solamente de una casa desaparecida; también recordaban cuánto había cambiado su vida y cómo Dios la había sostenido.

«Bendice, oh alma mía, al SEÑOR y no olvides ninguno de sus beneficios».

SALMO 103:2 (RVA-2015)

Nos quejamos porque el trabajo es difícil, pero olvidamos los días cuando estábamos buscando empleo.

Y, por supuesto, hay situaciones dolorosas que no se resuelven simplemente dando gracias. La gratitud no significa negar el sufrimiento. Significa reconocer que, aun en medio de las dificultades, podemos encontrar motivos para honrar a Dios.

Quizás hoy tu situación económica no es la mejor. Tal vez estás atravesando una enfermedad. Quizás tu familia enfrenta una prueba que todavía no tiene solución.

¿No merece Dios mi gratitud también en este momento?

«La gratitud no nace de tenerlo todo; nace de recordar que Dios ha estado conmigo aun cuando me faltaban muchas cosas».

6

ME RENDÍ

«SEÑOR, NO QUIERO DISFRUTAR TUS BENDICIONES Y OLVIDAR TU PRESENCIA»

Y después de recordar, regresar, descubrir, reconocer y agradecer, llega una decisión: rendir nuestro corazón al Señor. No se trata de sentir culpa por tener una casa, un trabajo o una vida más cómoda. Dios nos llama a disfrutar sus bendiciones sin olvidarnos de su presencia.

Y por eso quiero llevarte ahora a mirar a Jesús.

CRISTO EN EL CENTRO

Mira a Jesús

En Lucas 17:11–19, Jesús sanó a diez leprosos. Los diez recibieron el milagro, pero solamente uno regresó para darle gracias.

«¿No eran diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están?»

LUCAS 17:17 (RVA-2015)

No sabemos qué hicieron después aquellos nueve hombres. Pero el relato destaca que solamente uno regresó a dar gloria a Dios.

Después de todo lo que Dios ha hecho por nosotros, ¿hemos regresado para darle gracias?

¿Has dedicado tiempo para adorarlo, no solamente por lo que te dio, sino por quien Él es?

Porque el mayor regalo de Dios no es una casa, ni una profesión, ni una cuenta bancaria. Su mayor regalo es Jesucristo.

En Él encontramos el perdón de nuestros pecados, la reconciliación con el Padre y la esperanza de la vida eterna. Y ninguna bendición temporal puede compararse con eso.

«Señor, gracias por todo lo que me has dado; pero si algún día las bendiciones me distraen de tu presencia, recuérdame que tú eres mi mayor tesoro».

LLAMADO

Regresa al lugar donde comenzó tu gratitud

► *Disminuir el ritmo y el tono de la voz. Hacer una pausa y mirar a la congregación.*

Por un momento, deja tus preocupaciones y regresa con tu memoria a la casa donde creciste, a una noche de lágrimas o a una etapa en que sentías que no podías continuar.

No estoy diciendo que todos tus problemas hayan desaparecido. Quizás todavía hay heridas. Quizás todavía existen dificultades. Pero aquí estás.

Y si hoy puedes mirar hacia atrás y reconocer que Dios te sostuvo, tienes un motivo para darle gracias.

Tal vez te acostumbraste tanto a las bendiciones que dejaste de agradecerlas. Quizás antes orabas con fervor y ahora apenas encuentras tiempo para hablar con Dios. Tal vez antes servías con alegría y ahora estás tan ocupado que has dejado de hacerlo. O quizás has atravesado tantas dificultades que necesitas volver a recordar que el Señor no te ha abandonado.

Hoy Dios te está invitando a regresar.

Te está invitando a regresar a su presencia.

«No importa cuánto haya cambiado mi vida; jamás quiero olvidar al Dios que me sostuvo cuando todo era diferente».

► *Invitar a la congregación a ponerse de pie.*

Si hoy reconoces que necesitas recuperar tu gratitud, tu comunión con Dios o tu compromiso con Él, quiero invitarte a acercarte al altar. No tienes que venir porque alguien te esté mirando. Ven porque deseas decirle al Señor:

«Padre, perdóname por las veces que me acostumbré tanto a tus bendiciones que olvidé darte gracias. Hoy quiero regresar a ti».

Y mientras algunos se acercan, quiero hablarles también a quienes permanecen en sus lugares. Quizás tú no necesitas pedir perdón por haberte olvidado de Dios. Quizás lo que necesitas es darle gracias porque, aun en medio de tus pruebas, Él ha permanecido fiel.

También puedes hacerlo desde donde estás. Porque este altar no es solamente un lugar de arrepentimiento. Hoy también puede convertirse en un lugar de gratitud.

ORACIÓN

Oración de rendición y gratitud

► Invitar a la congregación a inclinar su rostro. Música instrumental suave.

Señor y Dios Padre:

Gracias, Señor, por nuestra historia, por los días de escasez en que nos sostuviste, por las puertas que abriste y por las personas que pusiste en nuestro camino.

Perdónanos, Señor, por las veces que hemos olvidado tus beneficios. Perdónanos por las ocasiones en las que hemos dedicado más tiempo a disfrutar de tus bendiciones que a cultivar nuestra comunión contigo.

Hoy reconocemos que nada de lo que tenemos puede ocupar el lugar que solamente te corresponde a ti. Tú eres nuestro Salvador, nuestro sustentador y nuestra esperanza.

Señor, mira también a quienes hoy atraviesan momentos difíciles.

Recuérdales que su valor no depende de sus posesiones y que tu amor permanece aun en medio de la adversidad.

Y a quienes hoy disfrutamos de tantas bendiciones, enséñanos a ser humildes, generosos y agradecidos.

Señor Jesús, hoy queremos ser como aquel leproso que regresó para darte gracias. No queremos seguir caminando sin detenernos a reconocer tu bondad.

En el santo nombre de Jesucristo oramos. Amén.

TRANSICIÓN A LA ADORACIÓN

No me olvidaré

► La música instrumental continúa suavemente. No regresar a la enseñanza.

Sin embargo, aquella visita le permitió reconocer algo maravilloso. Su casa había desaparecido, pero Dios había permanecido fiel.

Pero si hoy puedes reconocer la fidelidad del Señor, quiero invitarte a levantar tus manos y decirle:

«Señor, gracias porque nunca me abandonaste. Gracias por sostenerme cuando tenía poco, por acompañarme en la incertidumbre y por permanecer fiel aun cuando todo cambió».

«Podrán desaparecer las casas donde vivimos, podrán cambiar las circunstancias y pasar los años; pero jamás debemos olvidar al Dios que nos sostuvo durante todo el camino».

Y ahora, con un corazón agradecido, quiero que adoremos al Señor. No solamente por las bendiciones que hemos recibido. Adorémoslo por quien Él es.

Porque antes de que tuviéramos lo que hoy tenemos, Él ya era Dios. Y si mañana llegáramos a perder alguna de esas cosas, Él seguiría siendo Dios.

¡Iglesia, no te olvides del Señor, que te sacó de tu Egipto y te ha sostenido hasta el día de hoy!

Ahora, adoremos al Señor.

♪ CANTO DE MINISTRACIÓN

Gracias — Marcos Witt

<https://youtu.be/XkW2lGAtsrE?list=RDxkW2lGAtsrE>

FUENTE

Crédito de la historia original

Título del devocional	«No te olvides»
Autora	Sra. Lillian Saldaña Campos (La Habana, Cuba)
Publicación	El Aposento Alto, edición mayo–junio de 2026
Fecha del devocional	30 de junio de 2026
Texto bíblico	Deuteronomio 6:10–25
Predicado por	Gloria Lucia Ramirez, Octubre 25 2026

Historia adaptada para ilustración pastoral; las aplicaciones y reflexiones son parte del sermón.

Citas bíblicas tomadas de la Reina Valera Actualizada (RVA-2015), © 2015 Editorial Mundo Hispano.